

movimiento y avanzó á lo largo de la pared vertical con tanta seguridad como si los monos anduvieran sobre un terreno llano, sin que nosotros comprendiéramos cómo era posible que hicieran pié. La mas pequeña saliente les parecia un camino seguro, y solo en un sitio donde fué necesario bajar unas tres varas y volver á subir, se vió la linea de cinocéfalos avanzar mas lentamente y con alguna prudencia. Nosotros disparamos seis tiros, pero no podíamos apuntar bien, pues era aquel espectáculo tan extraordinario, que ninguno acertaba á estarse quieto, si bien fueron las balas bastante bien dirigidas para asustar á los monos en gran manera. Nada mas cómico que aquellos animales, cuando al oír una detonacion se pegaban todos contra una roca, por creer sin duda que al agitarse el aire iban á ser lanzados en el abismo. Sin embargo, ninguno de ellos fué herido, y salieron del paso sin mas contratiempo que el susto, que les hizo perder aquella vez su sangre fria ordinaria. Poco despues, y á la primera revuelta del camino, encontramos á los cinocéfalos, no ya en las alturas, sino en el valle mismo, que estaban á punto de atravesar á fin de refugiarse en las rocas del lado opuesto. Una buena parte de los monos se hallaba ya en aquel punto, pero el grueso de la tribu se habia quedado atrás; al ver aquella multitud en movimiento, nuestros perros retrocedieron algun tanto y se precipitaron luego en medio de la bandada ladrando ruidosamente. Entonces presenciábamos un espectáculo que rara vez nos ha sido dado ver: apenas se aproximaron los galgos, los machos viejos saltaron de las rocas, y formando un círculo á su alrededor, lanzaron gritos espantosos, rechinaron los dientes y golpearon el suelo con sus manos, dirigiendo á sus enemigos tan terribles miradas de cólera, que nuestros perros, de ordinario tan valientes y ansiosos de lucha, retrocedieron atemorizados para buscar nuestra proteccion. Como era natural, les azuzamos de nuevo y conseguimos que cobraran ánimo, pero entre tanto habia cambiado la escena: los monos victoriosos acababan de alcanzar el lado opuesto, y cuando los perros volvieron á la carga, ya no quedaban mas que algunos rezagados en el fondo del valle, entre los cuales se hallaba un jóven cinocéfalo de unos seis meses. Al ver á los galgos saltó presuroso á una roca lanzando agudos gritos, y ya nos lisonjeábamos de apoderarnos de él, cuando vimos aparecer por el otro lado del valle un macho de los mas vigorosos. Arrogante y digno, avanzó hácia los perros sin apresurarse y sin hacer aprecio de nosotros; dirigió á sus enemigos miradas que bastaron para contenerlos, subió con lentitud á la roca, acarició al monito y volvió á pasar con él por delante de los perros, tan asombrados, que le dejaron alejarse tranquilamente con su protegido. Aquel acto heróico del jefe de la bandada nos causó la mayor admiracion, y ninguno de nosotros pensó en hacer fuego, á pesar de la poca distancia que nos separaba del cinocéfalo. Entre tanto, oíanse en la espesura que aun debia atravesar la bandada, los sonidos mas extraños que darse puede: parecióme mas de una vez que eran los rugidos del leopardo, lo cual me indujo á buscar su pista, pues creí que los monos le habrían levantado y que peleaba con ellos; pero luego reconocí que aquellos gritos procedían de los cinocéfalos.

Por lo demás, al dia siguiente conseguí ver un leopardo peleando con los monos, pero reservo la descripcion de este combate para el capítulo que trata de dicho animal, porque él fué quien desempeñó el principal papel.

En mis cazas posteriores llegué á conocer mejor á estos monos, admirando la tenacidad de su vida. Cuando la bala no tocaba el corazon ó la cabeza, escapábanse siempre, y aunque se les hiriera gravemente, huían con tal rapidez, que no era posible alcanzarlos. Los perdigones no servían de nada;

frotaban simplemente con la mano la parte donde habían sido tocados y continuaban su camino como si no les hubiera sucedido nada. Al fin llegamos á ser tan audaces, que no creíamos posible peligro alguno en la caza de cinocéfalos; pero la experiencia nos convenció bien pronto de que podia suceder lo contrario.

Cuando atravesaba por segunda vez el valle de Mensa con el duque de Coburgo-Gotha y su séquito, uno de nuestros abisinios nos llamó la atencion sobre varios cinocéfalos que estaban sentados en la copa de unos árboles muy altos. Cito este hecho, porque estos monos, segun he dicho antes, no trepan á los árboles sino en caso de peligro. Acto continuo comenzó la caza, á pesar de haber opinado yo que fuéramos á buscar el grueso de la bandada al flanco opuesto de la montaña; pero al poco rato apareció por una revuelta del valle una de las mas numerosas que jamás habíamos visto, y como avanzaba lentamente á lo largo de la cuesta, trabamos inmediatamente una verdadera batalla. Mas de veinte tiros dieron por resultado la muerte de varios cinocéfalos y el quedar otros heridos, lo cual indujo á los demás á refugiarse en la cima de la montaña. Al principio disparábamos desde el fondo del valle, pero bien pronto nos vimos precisados á buscar un abrigo en el lado opuesto al que ocupaban los monos, pues asustados estos, y excitados al mismo tiempo por aquel continuo tiroteo, recogían todas las piedras que hallaban en su camino y las arrojaban hácia donde estábamos nosotros. El balletero del duque nos aseguró que habia visto á un gran macho trepar á un árbol con una enorme piedra y lanzarla desde allí; el caso es que las primeras que nos tiraron pasaron cerca de nuestras cabezas, haciéndonos comprender cuán peligrosa era nuestra posicion. En su consecuencia, nos vimos realmente precisados á buscar un sitio mejor: durante todo el tiempo que duró la batalla, el valle estaba completamente impracticable, y el resto de nuestra caravana no pudo avanzar porque los monos hacían rodar piedras tamañas como la cabeza de un hombre. No vimos si los cinocéfalos, á la manera que lo hacen los indios, llevaban consigo los individuos muertos en la refriega; Bayssiere es el único que pretende haber observado algo de esto. Dicho viajero refiere tambien que él mató una hembra que llevaba un monito, el cual no quiso abandonar el cadáver de su madre, se dejó coger por sus enemigos y se domesticó bien pronto, á pesar de haberse resistido mucho al principio. Asegura el mismo que tambien á él le tiraron piedras los cinocéfalos.

Desde que he visto á estos animales en libertad, creo muy posible que en un momento de grave peligro avancen resueltamente al encuentro de un hombre que no vaya armado de una escopeta y le ataquen en masa. Los árabes y los abisinios están seguros de ello, y acreditados observadores, tales como E. Ruppell y Schimper, opinan lo mismo. En cuanto á nosotros, no tuvimos oportunidad de reconocer el hecho, pero hemos visto que los hamadrias se retiran con lentitud, rechinando los dientes y dando gritos ante el cazador armado. Schimper asegura que este mono ataca fácilmente al hombre y hasta consigue matarle; que los machos viejos se han precipitado sin excitacion alguna sobre las jóvenes que recogían leña, y que las han dado muerte cuando se resistieron. Ruppell, por su parte, considera tambien á este repugnante y corpulento mono como uno de los adversarios mas peligrosos del hombre.

**DOMESTICIDAD.**— En Egipto y en el Cairo se ven con frecuencia cinocéfalos en poder de los bateleros, y es probable que aquel pueblo admire aun hoy las mismas habilidades que se enseñaban á dichos monos en tiempo de Próspero Alpino. Los dias de fiesta se encuentra en todas las grandes plazas de la capital un batelero con monos y un encantador

### EL CINOCÉFALO GELADA—CYNOCEPHALUS GELADA

Un segundo papion, clasificado en estos últimos tiempos como especie separada, tiene gran afinidad con el hamadrias, pero se diferencia de este por sus fosas nasales, que son mas deprimidas, por la carencia de pelo en el pecho y cuello, por la crin mas abundante, por el mechón de la cola mas largo y por algunas distinciones en la construccion de los dientes.

El *Dhelada* de los abisinios (*Cynocephalus* ó *Theropithecus Gelada*, *Macacus gelada*) es el gigante de su familia y mucho mas grande que el hamadrias, por mas que su descubridor el alemán Ruppell sostenga lo contrario. Schimper, que habitó la Abisinia mas de 30 años y Heuglin, están de acuerdo en que el gelada tiene á veces la estatura del hombre.

**CARACTÉRES.**—Este mono (fig. 60) se distingue á primera vista del hamadrias. La espesísima crin que en forma de velo le cae sobre la nuca, espaldas, cara, barba y garganta es pardo oscura; el manto y el mechón de la cola son de un amarillo pardo; el pelo que le cubre la garganta, la parte anterior del cuello, el pecho, el medio del vientre y los antebrazos, son de un color pardo muy bajo, y la cara completamente negra.

Los dos puntos desnudos de pelo en el cuello y pecho formando triángulos, cuyos vértices se unen en figura de un reloj de arena; y los lados de los triángulos están orlados de pelo gris, mezclado de blanco. Al contrario del hamadrias, las callosidades del gelada son pequeñas, de color negro y gris y separadas completamente una de otra.

Casi en las mismas regiones se encuentra el *Tocur sindchero*, especie híbrida, sino distinta, del gelada. Segun las noticias de Schimper, es notable este mono por su gran talla, por su negro pelaje y por el rojo subido de las partes desnudas del pecho; vive tambien de otra manera y se reúne en manadas de 30 á 40 individuos.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Segun Ruppell, el gelada habita las cimas de las montañas de Simia, alta region de la Abisinia. Schimper dice que tambien se le encuentra á menudo en una cadena de montañas cuya altura no baja de 3 á 4,000 metros sobre el nivel del mar.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Se reúne en bandadas innumerables, pero en el limite inferior de las alturas que habita no se encuentran mas que pequeñas tribus de cien á doscientos individuos. Tambien abandona las mesetas pedregosas cubiertas de breñas para ir á saquear el fondo de los valles.

Su alimento ordinario consiste en diversas cebolletas, liliáceas, yerbas y frutos de toda especie, y como es natural, le gustan tambien los insectos, los gusanos y los caracoles. Algunas veces baja á los campos, y segun dicen los abisinios, siempre á la hora en que no está el guarda. Aunque menos audaz é importuno que el hamadrias, el gelada causa grandes destrozos porque van siempre muchos individuos reunidos: la bandada huye al ver al hombre, pero nunca es prudente acercarse á un gelada, porque sus dientes son cuando menos tan peligrosos como los de su congénere.

Este mono no conserva la mejor armonía con el hamadrias: las montañas de Abisinia parecen inmensas casas; la pendiente de la parte superior es tan suave como la de nuestros tejados, pero de pronto se presentan los flancos mas ó menos escarpados, en alturas de varios miles de piés. En aquellas paredes casi verticales existen grutas numerosas, donde pasan los monos la noche: durante el dia se les ve formar á menudo largas procesiones en las partes salientes, observándose esto particularmente cuando han terminado su almuerzo y vuelven ya repletos de las alturas de las montañas. Rara

de serpientes; pero los ejercicios que hacen son menos que medianos, y hasta pecan de vulgares. El batelero enseña al hamadrias á parodiar sus propias obscenidades, y su disposicion natural se presta á ello perfectamente. Hemos tenido ocasion de admirar la destreza de estos monos en teatros donde se enseñan otros animales domesticados, y hemos visto tambien que los juglares egipcios se sirven comunmente de las hembras, porque los machos se vuelven malos y peligrosos con el tiempo. Tanto es así, que en Egipto está prohibido enseñarlos sin bozal, y á veces no basta esto para impedirles que hagan daño. Atravesaba yo un dia á caballo las calles del Cairo y con el pié tropecé con un hamadrias que estaba sentado en medio del camino; mi mulo iba á galope tendido, y á pesar de esto, el cinocéfalo me cogió la pierna, me arrancó con sus garras la polaina y el zapato y me infirió algunas heridas bastante profundas, como prueba de su destreza.

El descaro y lascivia de estos animales, su atrevimiento y grosería, los aparta de la sociedad del hombre.

Mas adelante he tenido muchas ocasiones de observar á los hamadrias en el estado doméstico y he cuidado varios de ellos, ya jóvenes, ya viejos, durante algun tiempo. En su juventud todos son dóciles, tratables y fieles en alto grado á sus guardianes; se captan el cariño del hombre y son afables con los otros monos; se parecen mucho en sus movimientos y en la decencia á los babuinos; por todo esto, se conquistan el afecto de cuantos los tratan. Todas estas buenas cualidades cambian cuando llegan á la pubertad, y los malos instintos se desarrollan á medida que aumentan en años. No he visto hamadrias viejo que no fuese la personificacion exacta de la rabia y de la malicia; tan solo he conocido uno que respetaba un poco á su guardian. El látigo puede mucho con ellos, pero no tanto como es necesario para combatir su temible malignidad.

Es difícil empresa el trasladar de una jaula á otra á un hamadrias, porque comunmente se irrita, se precipita sobre su guardian é intenta luchar con él, no siendo muchas veces el resultado de esta lucha favorable para el pobre hombre, á causa de la enorme fuerza de su adversario. Para cogerle, es menester excitar alguna de sus pasiones y engañarle; pues que á pesar de toda su ferocidad se le hace caer en el lazo mas sencillo, se despierta su curiosidad, se provoca su deseo de venganza ó se estimula su glotonería para atraerle al sitio donde se le quiere llevar. Cuando le excita la cólera, lo olvida todo; una sola mirada le enfurece, la risa le llena de rabia y el mas pequeño castigo le pone fuera de sí. Otros muchos monos se dejan cuidar, cuando están enfermos, y vendar cuando heridos; con el hamadrias es esto de todo punto imposible. Uno de ellos, que estaba á mi cuidado, padeció un ataque de lepra, no de mucha importancia, la cual se hacia mas visible en una de sus piernas; fué imposible curarle, porque despues de una tentativa frustrada, nadie se atrevió á cogerle, ni á sujetarle; era probable que la lepra le picase mucho, pues se le veía rascar la parte doliente con mucha fuerza. Su mal le causó por fin tales dolores, que se le vió coger la propia pierna con las dos manos y morderla desesperadamente, como si fuese su mayor enemigo.

Esta irascibilidad se muestra tambien en el trato con sus hembras. La del hamadrias tiene al menos en el estado salvaje campo para evitar las impetuosas demostraciones de sensualismo del macho; en la jaula, empero, á pesar de toda su buena voluntad, tiene que sufrir mucho. Tan desarrollados están los intentos lascivos del animal, tan ardientes son sus deseos, que ni la satisfaccion de estos es suficiente á moderarle; el cóito de estos monos jamás tiene lugar sin golpes ó mordeduras, y pocas veces se escapa la hembra incólume á los impetuosos abrazos de su furibundo amante.

vez bajan al pié del fianco escarpado que habitan, y cuando lo hacen, solo es con el objeto de ir á visitar algun campo. En estas excursiones encuentran á veces á los hamadrias, y entonces comienza una verdadera refriega entre ambos ejércitos, siendo de creer que se aborrecen recíprocamente pues se precipitan unos sobre otros con increíble rabia. Sin embargo, el combate no llega nunca á ser muy formal: es mas bien una escaramuza; los geladas y los hamadrias lanzan gritos terribles; los primeros hacen rodar grandes piedras sobre sus enemigos y estos tratan de evitarlas, mientras que algunos machos viejos se arrojan sobre sus adversarios con

objeto de luchar cuerpo á cuerpo. Unos y otros se tiran con fuerza de la crin, y algunas veces se muerden, pero en general todo se reduce á gritos y á furiosas miradas. Estas luchas tienen un especial atractivo para el observador.

Debemos á Heuglin una excelente descripción sobre la vida del *tocur sindschero*. «Este mono habita en numerosas familias las cuevas y las grutas de las pendientes escabrosas; se le ve regularmente á ciertas horas del día en las cimas de dichas pendientes, teniendo á sus piés profundísimos abismos.

»Cuando tras una noche fría, sale el sol por las montañas de Amba Sel, estos monos salen de sus cuevas donde, amon-

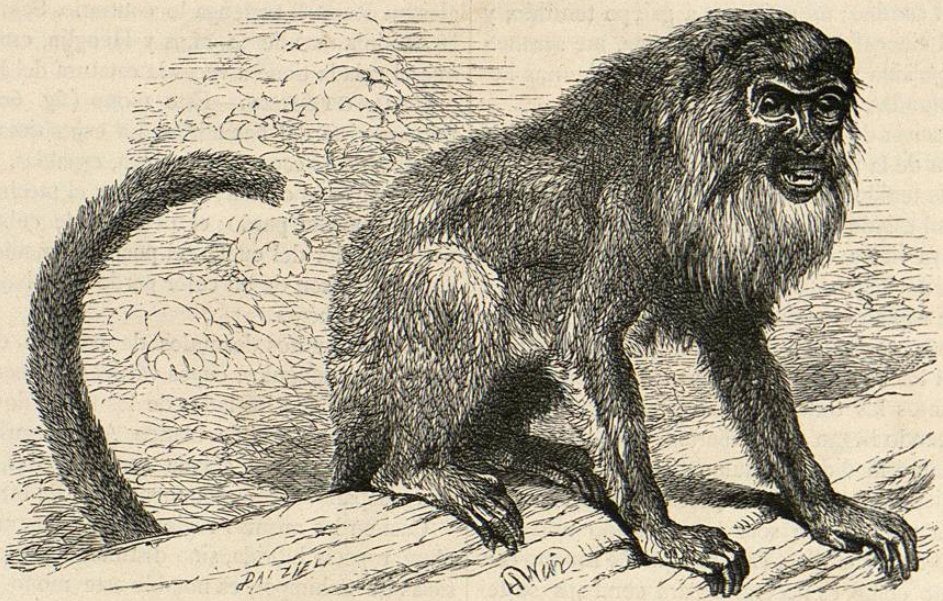


Fig. 71.—EL AULLADOR URSON O ARAGUATO

tonados unos sobre otros, han descansado, seguros de no ser acometidos por leopardos y hienas. Lentamente y como arreidos de frío, suben, dirigidos por machos viejos, á un llano de la roca, al abrigo del viento, para calentarse. Allí se ponen de ordinario, arrimados unos á otros, los hijos al pié de las madres y allí echan tal vez otro sueño. Algunos de los machos viejos se ponen de centinela; parece, sin embargo, que les fastidia este servicio, pues abren bostezando su horrorosa boca, se refriegan los ojos y gruñen cuando algun fuerte golpe de viento pone en desorden las puntas rojas de la larga crin en que se envuelve el animal como en un manto. Apenas se siente algo mas el calor del sol desperézase una vieja mona, otra examina el pelaje de su vástago, única esperanza de su padre, y mata, rechinando los dientes, ciertos parásitos que allí ha descubierto. Al fin se ponen en movimiento, formando una línea, al frente de la cual va un jeque venerable y á la retaguardia otro anciano. En este orden atraviesan estrechísimos y horizontales caminos á lo largo del abismo, hasta llegar á un desfiladero cubierto de arbustos. Desde allí corre un sendero siempre descendente, hasta una verde pradera rodeada de rocas. Mas, antes de entrar en ella, la examinan con gran precaucion; por lo regular hay ya allí otras manadas de la vecindad que se pasean sin temor. Despues de haber puesto varios centinelas, toda la muchedumbre empieza á buscar su alimento, que consiste principalmente en botones, hojas, frutos y trigo. Pero tambien revuelven grandes piedras y si uno no puede hacerlo solo, le ayudan sus camaradas; pues debajo de las piedras hay gusanos, larvas gordas, moscas y caracoles, manjares que no desprecian de ningun modo. En medio de todo esto juegan los machos jóvenes, dan graciosos saltos provocándose y ator-

mentando á sí y á sus padres; estos últimos les castigan dándoles bofetones, los muerden ó los tiran de la cola. Con insolente cortesía se acerca sonriendo un presumido á una amable mona; esta le vuelve castamente y con mucho decoro las espaldas. El enamorado se hace importuno; el marido legitimo advierte la situacion: resultan golpes y gritos y el amante se declara en vergonzosa huida. Si un peligro amenaza, los centinelas dan el grito de alarma ladrando; cada tribu se reúne alrededor de su jefe, las madres recogen cuidadosamente sus hijuelos, y todos observan con atencion al enemigo. Pónese la manada lentamente en marcha hácia las rocas, donde no temen el peligro, parándose de tiempo en tiempo para mirar á su adversario.

»He probado á azuzarles perros que alcanzan muy fácilmente á la manada, mas no trababan nunca de combatir cuando los monos viejos hacían preparativos para atacarlos y les enseñaban su respetable dentadura. Perseguidos hasta las rocas, los monos tiran ó hacen rodar no pocas veces, piedras sobre sus enemigos. En el suelo llano, estos animales andan comunmente á cuatro patas, pero á veces tambien se ponen de pié apoyándose en su fuerte cola. Nunca los he visto subidos á grandes árboles. Una manada se compone generalmente de veinte á treinta individuos, entre ellos varios machos viejos; en sus grandes expediciones, empero, se reúnen á veces bastantes centenares y emprenden viajes de muchísimas leguas. Beben á las cuatro de la tarde; en las fuentes no son tímidos y se acercan á los hombres y al ganado, muchas veces hasta pocos pasos de distancia. A la puesta del sol vuelven siempre al mismo sitio para dormir. Las águilas cafres, los buitres y los leopardos son los principales enemigos de este mono.»

## LOS MANDRILES Ó MORMONES —MORMON

No sin razon separamos los mas horrorosos de todos los cinocéfalos, que hasta ahora conocemos, de los otros, pues unos y otros se distinguen esencialmente. Tan solo en el tronco aparece aun la estructura congénica, sobre todo el cráneo es disformemente grande; los ojos muy pequeños y poco

distantes uno del otro; los huesos superciliares se levantan en forma de listón sobre los dos lados de la nariz; tienen una especie de bolsas, formadas de una piel muy dura, casi callosa, y que son susceptibles de inflarse. Las extremidades son muy fuertes; la cola es muy corta; las callosidades se extienden sobre la region isquiática. Su cuerpo está cubierto de una manera bastante rara; el pelo es un poco mas largo en el occipucio y en la nuca; tienen, al menos una especie, una perilla terminada en punta con vivísimos colores.

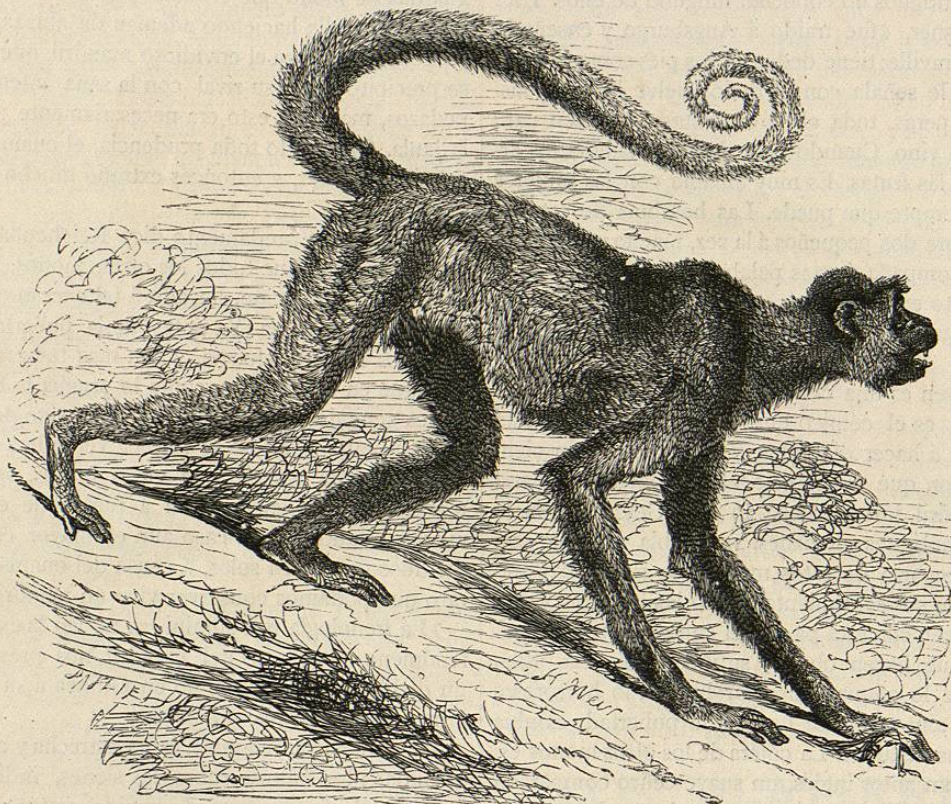


Fig. 72.—EL ATELES COAITA

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Las dos especies de babuinos que forman este subgénero, viven en el Africa Occidental, y hace ya tres siglos que de allí las traen á Europa.

### EL MANDRIL Ó MORMON —MORMON MAIMON

**CARACTÉRES.**—Hemos considerado al guereza como el mas hermoso de todos los monos, y por las mismas razones podemos decir que el mandril es el mas feo; es un animal verdaderamente repugnante por todos estilos, y su inteligencia se halla en perfecta armonía con su cuerpo (fig. 61).

El cuerpo del mandril es robusto y fornido, la cabeza hiedonda y los dientes muy temibles; tiene el pelo rígido y erizado, y el color de las partes desnudas es asqueroso. El pelaje se distingue por su color pardo oscuro, con tintes de un verde aceitunado; cada pelo está anillado de negro y verde; los del vientre son blanquicos, los del costado de un pardo claro, y los que cubren la barba, amarillo de limon, apareciendo detrás de las orejas una mancha de color blanco ó gris. La cara y las nalgas son asimismo repugnantes; la nariz tiene un color rojo vivo, y el hocico, desnudo y rodeado de una masa de tejido erectil que forma surcos, es de un pardo claro. La region anal es roja, y las callosidades, excesivamente desarrolladas, presentan un color azul y rojo subido, mientras que las orejas y las manos son amarillas.

TOMO I

Los machos viejos tienen 1 metro y mas de longitud por 0<sup>m</sup>,60 de altura; la cola mide apenas 0<sup>m</sup>,03.

### EL DRIL —MORMON LEUCOPHÆUS

**CARACTÉRES.**—El dril (fig. 62) es un poco mas pequeño; su pelaje es pardo aceitunado en las partes superiores y en las inferiores é internas de las extremidades, blanquico; las callosidades y el escroto son de color rojo muy subido. La longitud del adulto es de 0<sup>m</sup>,85 á 0<sup>m</sup>,90; la altura hasta las espaldas de 0<sup>m</sup>,55 á 0<sup>m</sup>,60; la longitud de la cola de 0<sup>m</sup>,08 á 0<sup>m</sup>,09.

**USOS Y COSTUMBRES.**—Es bastante extraño que no sepamos nada de seguro sobre la vida, en estado salvaje, de estos dos monos, conocidos tantos años hace en estado doméstico. Ambas especies tienen su origen en la costa de Guinea y nos las traen generalmente de la Costa de Oro. Las dos especies habitan, segun se dice, ya sea en bosques montañosos, ya sea entre las rocas, ó ya en los árboles; pero dejan no pocas veces su sitio para visitar las colonias vecinas y saquear todo lo que se les antoja. Tambien se dice que las manadas de estos animales invaden los pueblos y maltratan á las mujeres y niños de los negros, en ausencia de estos. Los indígenas temen al mandril mas que al leon; no aceptan nunca la lucha con él y hasta se abstienen de entrar en los bosques habitados por el mismo, á no ser que los hombres, en gran